

El entenado o el enigma del tiempo mítico

GUSTAVO ABAD

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

*El lenguaje nunca alcanzaría para cubrir todo
lo que el tiempo y el pensamiento reclaman.*

J. J. Saer

RESUMEN

Este ensayo se refiere a varios procedimientos narrativos en la ficcionalización de la historia y lo hace a partir del análisis de la novela *El entenado*, del argentino Juan José Saer. Propone una reflexión acerca de tres aspectos claves en esta obra: 1. La representación del canibal y su existencia en el tiempo mítico; 2. La memoria y la conciencia del exterminio; y 3. La figura del testigo como una voz históricamente autorizada en los relatos. La noción del tiempo, el desarrollo de la conciencia, la memoria y el lenguaje de un pueblo caníbal de la región del Río de la Plata son narrados por un joven marinero español del siglo XVI, que comparte esa vida durante diez años como prisionero. En esta novela Saer se embarca en un viaje ficcional y especulativo orientado a desentrañar la noción de la vida y la muerte en un pueblo y un tiempo míticos.

PALABRAS CLAVE: Juan José Saer, novela argentina, antropofagia, tiempo, memoria, conciencia, lenguaje, historia, testigo, exterminio.

SUMMARY

This essay refers to various narrative procedures in the fictionalizing of the story and it does so from an analysis made from the novel *El entenado* (*The stepchild*), by the Argentinian Juan José Saer. It proposes a reflection on three key aspects in this work: 1. The representation of

the cannibal and its existence in mythical time; 2. The memory and awareness of extermination; and 3. The witness as a historically authoritative voice in the stories. The notion of time, the development of consciousness, the memory and language of a cannibal village in the Rio de la Plata region are narrated by a young sixteenth century Spanish sailor, who shares that life for ten years as a prisoner. In this novel Saer embarks on a fictional and speculative journey aimed at unraveling the notion of life and death in a village and a mythical time.

KEY WORDS: Juan José Saer, Argentinian novel, cannibalism, time, memory, consciousness, language, history, witness, extermination.

AL INICIAR EL análisis de la novela *El entenado* (1983)¹ del argentino Juan José Saer (1937-2005) conviene reconocer ciertas características del texto, especialmente en lo que concierne a la voz narrativa. Este es un aspecto relevante en la ficcionalización de la historia, como se verá a lo largo de sus páginas. Se trata de un narrador en primera persona, un joven marinero español que se embarca, a principios del siglo XVI, hacia lo que entonces se conocía como “las Indias”. Desde esa condición, propone una visión del mundo.

Luego de cruzar el océano y desembarcar en una playa desconocida en la región del río de la Plata, la pequeña misión de avanzada, compuesta por once hombres, entre los que consta el narrador de esta historia, es atacada por caníbales. Solo él sobrevive a las flechas y es hecho prisionero. Los cuerpos de sus compañeros serán devorados más tarde en un ritual que, como se verá después, tiene profundo sentido en la vida de ese pueblo cercano a la extinción. Diez años convive con la tribu antes de ser devuelto a un grupo de exploradores españoles que aparecen en las cercanías de la comunidad.

Sesenta años después, cuando es un viejo dedicado a la reflexión y al repaso de su vida, escribe el testimonio de su convivencia con los caníbales. Se puede identificar dos tiempos básicos en el relato: el presente del narrador y el pasado de los hechos. De esa manera, el ex cautivo se autoriza a sí mismo a partir de su condición de testigo directo de lo ocurrido. Aquí entra en juego un tema constante en la narración de la historia: la búsqueda de autoridad narrativa. Desde Heródoto, pasando por los diarios de Colón y los cronistas de Indias, hasta los relatos periodísticos y etnográficos contemporáneos, la autoridad narrativa se asienta en el enunciado explícito o implícito: *yo estuve ahí y esto es lo que vi...*

1. Juan José Saer, *El entenado* [1983], Buenos Aires, Alianza Editorial, 1992.

Ese carácter testimonial, planteado desde el inicio, no solo funciona como recurso narrativo, sino también como una manera de situar el interés –quizá de manera preconsciente– en uno de los ejes fundamentales del relato: la figura del testigo. Ese narrador-testigo da cuenta, por un lado, de la búsqueda existencial de sí mismo y, por otro, del proceso de exterminio de un pueblo.

La novela concentra varias formas discursivas propias del tiempo histórico del relato, es decir, del proceso de conquista española de América en el siglo XVI: el testimonio, la crónica y el diario de viaje. Sin embargo, su sistema de referencias conceptuales es contemporáneo. Si bien la voz narrativa corresponde a un personaje de la época, lo hace desde un universo simbólico actualizado. Reflexiona acerca de temas como la historia, la memoria, el lenguaje, la vida, la muerte, etc., en un marco de pensamiento y de preocupaciones contemporáneas.

Visto de esa manera, la voz testimonial es una licencia de la ficción que se toma el autor en su función de reorganizador de la historia. La subjetividad del narrador corresponde más al tiempo cultural del lector de nuestro tiempo. Hay en ello una asincronía intencional, una coexistencia armónica de mentalidades temporalmente distantes, la de un navegante bisoño del siglo XVI y la de una comunidad interpretativa contemporánea.

El entenado contiene lo que la investigadora venezolana Luz Marina Rivas llama “conciencia de la historia”,² que se manifiesta, entre otras cosas, en una intención organizadora y evaluadora de los hechos; un impulso de reformulación y reinterpretación del pasado; una voluntad argumentativa y didáctica de la historia. Esto concuerda con lo que propone el filósofo e historiador estadounidense Hayden White: “Lejos de ser la antítesis de la narrativa histórica, la narrativa ficcional es su complemento y aliado en el esfuerzo humano universal por reflexionar sobre el misterio de la temporalidad...”³

A modo de síntesis personal sobre este tema, planteo que *El entenado* expone tres características fundamentales de la novela histórica: a) Conciencia profunda de la historia; b) Voluntad interpretativa del pasado; c) Manifestación de una subjetividad individual que reconstruye la mentalidad de una época. Esos elementos se muestran con claridad en uno de los primeros párrafos:

2. Luz Marina Rivas, *La novela intrahistórica*, Ediciones el Otro el Mismo, Mérida, 2004, pp. 51-53.

3. *Ibíd.*, p. 45.

En esos tiempos, como desde hacía unos veinte años, se había descubierto que se podía llegar a ellas por el poniente, la moda eran las Indias; de allá volvían los barcos cargados de especias o maltrechos y andrajosos, después de haber derivado por mares desconocidos; en los puertos no se hablaba de otra cosa y el tema daba a veces un aire demencial a las miradas y las conversaciones. Lo desconocido es una abstracción; lo conocido, un desierto; pero lo conocido a medias, lo vislumbrado, es el lugar perfecto para hacer ondular deseo y alucinación.⁴

Propongo entonces un conjunto de reflexiones que he ordenado en torno a tres temáticas principales: 1. La representación del caníbal y el tiempo mítico; 2. La memoria y la conciencia del exterminio; 3. La figura del testigo en la ficcionalización de la historia.

LA REPRESENTACIÓN DEL CANÍBAL Y EL TIEMPO MÍTICO

La representación es un proceso de construcción simbólica del otro mediante el lenguaje y el discurso. Desde esa premisa, podemos advertir que el proceso de representación del caníbal en la novela de Saer se realiza mediante una estrategia narrativa de escenificación; un recurso que le permite al autor tomar distancia y atribuir, de manera indirecta, ciertas características físicas y mentales, así como ciertos valores éticos y morales a los caníbales.

En su sentido básico, la escena es una unidad de la dramaturgia conformada por una acción, un lugar y un tiempo. Y toda escena tiene una composición, un encuadre y una dinámica intencional. De esa manera, los elementos que el narrador incorpora a la escena cumplen la función de construir sentidos. Veamos el siguiente fragmento:

Me arrastré hasta el borde de la barranca, y me quedé un buen rato contemplando el paisaje y los hombres, que parecían recuperar aliento echados en el suelo, paseándose por la orilla del río que venía a morir abajo, al pie de la barranca. Ahí fue donde los volví a contar: eran noventa y cuatro. Un día después de haberlos visto por primera vez, ya estaba tan habituado a ellos que mis compañeros, el capitán y los barcos, me parecían los restos inconexos de un sueño mal recordado y creo que fue en ese momento que

4. J. J. Saer, *El entenado*, p. 12.

se me ocurrió por primera vez —a los quince años ya— una idea que desde entonces me es familiar: que el recuerdo de un hecho no es prueba suficiente de su acaecer verdadero.⁵

Mediante la construcción de escenas, el narrador se autoriza a sí mismo para incluir, sin violencia, su propia mirada y su propia manera de organizador de la escena para construir sentidos. La escena le permite decir: *yo estoy parado aquí y desde aquí te cuento lo que pasa y te digo lo que pienso...*

Así, desde el momento mismo en que cae prisionero, el narrador ofrece una visión utópica y sensual de sus captores. Los describe como seres que corren todo un día sin cansarse; capaces de caminar con pisadas imperceptibles en la selva; seres que combinan fuerza y delicadeza con extraordinaria precisión. Después, traslada esa representación utópica incluso a los momentos previos al ritual de devoramiento de carne humana.

De la carne que iba asándose llegaba un olor agradable, intenso, subiendo con las columnas de humo espeso que demoraban en disgregarse hacia el cielo. El origen humano de esa carne desaparecía, gradual, a medida que la cocción avanzaba [...] en las parrillas, para un observador imparcial, estaban asándose los restos carnosos de un animal desconocido.⁶

Esta representación de los caníbales como seres de exacerbada sensualidad en lugar de la ferocidad extrema a la que siempre han estado asociados, parece cumplir la función de atenuar cualquier expectativa de violencia y poder plantear, de manera más libre, uno de los temas centrales y profundo de la novela: el misterio de la temporalidad.

La noción espacial y temporal en que transcurre la vida de la tribu es mítica y circular, puesto que en el mito no hay origen ni desarrollo lineal del tiempo y las cosas. Para los caníbales, ellos son el centro del mundo y como no hay otro mundo más allá de ellos, tienen que reproducirlo hasta el infinito en el mismo tiempo y lugar. Por eso los ciclos de vida son idénticos: la cacería de carne humana, el banquete, el letargo, la borrachera orgiástica, la resaca, el renacimiento, los días de tedio, los preparativos para una nueva incursión y, de nuevo, la cacería... Por eso la vida y la muerte son indiscernibles para ellos, son parte de una misma cosa.

5. *Ibid.*, p. 32.

6. *Ibid.*, p. 45.

Según plantea Antonio Campillo, en el tiempo mítico no hay distinción entre naturaleza y cultura. Por lo menos no se piensa que la naturaleza es permanente y las convenciones culturales son variables. Es decir, el orden natural y el orden humano están dados por una voluntad previa y desconocida, y lo único que tienen que hacer los miembros de esa comunidad original es reproducir infinitamente ese estado fundacional del mundo. No hay nada más contrario, dice Campillo, al pensamiento mítico que el cambio y la evolución. Por eso, los seres que viven en el tiempo mítico buscan conjurar los efectos del tiempo actualizando el origen mediante el rito.⁷

Cada año se repite el ritual de antropofagia, luego del cual la tribu se sumerge en una especie de pantano existencial, antes de renacer y continuar su vida circular. El narrador lo describe así:

[...] el regreso de los acontecimientos en un orden idéntico, era todavía más asombroso si se tiene en cuenta que no parecía provenir de ninguna premeditación, que ninguna organización planeada de antemano los determinaba, y que los días medidos, grises y sin alegría de esos indios los iban llevando, poco a poco, y sin que ellos mismos se diesen cuenta, hasta ese nudo ardiente que era su única fiesta, de la que muchos salían maltrechos y a duras penas y en la que algunos quedaban enredados por toda la eternidad. Era como si bailaran a un ritmo que los gobernaba —un ritmo mudo, cuya existencia los hombres presentían pero que era inabordable, dudosa, ausente y presente, real pero indeterminada, como la de un dios.⁸

LA MEMORIA Y LA CONCIENCIA DEL EXTERMINIO

En ese mundo encerrado en sí mismo anida, sin embargo, una primera sospecha de la existencia de una dimensión lineal del tiempo y de una vida más allá de su propio horizonte. En la conciencia del pueblo caníbal comienza a tomar forma la posibilidad de un orden de la existencia con un origen, una trayectoria y un final. Eso significa aceptar la existencia de una memoria, que los perturba porque la memoria viene a ser la manifestación psíquica de un

7. Una amplia disquisición sobre el tema se encuentra en Antonio Campillo, *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*, Barcelona, Anagrama, 1993.

8. J. J. Saer, *El entonado*, p. 82.

pasado y un futuro. Por ello, al negar la memoria niegan también el futuro y la premonición del fin.

El letargo que sucede al rito anual de antropofagia es un síntoma de la memoria, por tanto de la conciencia, y tiene que ser borrado en una noche de embriaguez, que es su negación extrema. Devoran el mundo exterior como reflejo actualizado de un pasado en que ellos se devoraban a sí mismos. Ellos vienen de un mundo olvidado y se dirigen a un mundo desconocido, por tanto, el mundo en que viven es solo apariencia, y lo desconocido es el aniquilamiento, el fin:

En los diez años que viví entre ellos, diez veces les volvió, puntual, la misma locura. Lo más singular era que en los meses de abstinencia, ningún signo exterior dejaba traslucir la fuerza desmesurada del deseo que los carcomía [...] Era como si hubiesen perdido la memoria y no supiesen a qué me estaba refiriendo. No había evasiva ni hipocresía en sus respuestas: no, se trataba de olvido o de ignorancia. Esos indios no mentían nunca [...] El olvido y la ignorancia parecían genuinos: era como si una parte de la oscuridad que atravesaban quedase impregnada en sus memorias, emparchando de negro recuerdos que, de seguir presentes, hubiesen podido ser enloquecedores.⁹

Sin embargo, el mundo está ahí. La presencia de un mundo exterior más allá del suyo propio, persiste. Hay un solo modo de entrar en contacto con ese mundo que amenaza resquebrajar las fronteras de su aislamiento. Hay que devorarlo, comerlo, hacerlo suyo, digerirlo, como negación de esa exterioridad:

De esa carne que devoraban, de esos huesos que roían y que chupaban con obstinación penosa, iban sacando, por un tiempo, hasta que se les gastara otra vez, su propio ser endeble y pasajero. Si actuaban de esa manera era porque habían experimentado, en algún momento, antes de sentirse distintos al mundo, el peso de la nada. Eso debió ocurrir antes de que empezaran a comer a los hombres no verdaderos, a los que venían de lo exterior. Antes, es decir, en los años oscuros en que, mezclados a la viscosidad general, se comían entre ellos.¹⁰

9. *Ibíd.*

10. *Ibíd.*, p. 129.

LA FIGURA DEL TESTIGO EN LA FICCIONALIZACIÓN DE LA HISTORIA

Un síntoma de ese mundo mítico y circular es el precario desarrollo del lenguaje. Los caníbales manejan un lenguaje que se devora y se consume a sí mismo porque las palabras contienen tanto su significado como su opuesto. Las cosas no tienen nombre definido, que guarde alguna relación con su esencia, sino uno que apenas refleja su apariencia. Por ello, todo lo material y tangible es para ellos una ilusión:

Era una lengua imprevisible, contradictoria, sin forma aparente. Cuando creía haber entendido el significado de una palabra, un poco más tarde me daba cuenta de que esa misma palabra significaba también lo contrario, y después de haber sabido esos dos significados, otros nuevos se me hacían evidentes, sin que yo comprendiese muy bien por qué razón el mismo vocablo designaba al mismo tiempo cosas tan dispares. *En-gui*, por ejemplo, significaba los hombres, la gente, nosotros, yo, comer, aquí, mirar, adentro, uno, despertar, y muchas otras cosas más.¹¹

En ese sistema lingüístico deficitario, al prisionero lo identifican como *Def-gui*, que significa muchas cosas a la vez: transparente, apartado, visitante, testigo, espía, narrador y otros significados:

[...] le decían *def-gui*, de igual modo, al reflejo de las cosas en el agua; una cosa que duraba era una *def-gui*; yo había notado también, poco después de llegar, que las criaturas, cuando jugaban, llamaban *def-gui* a la que se separaba del grupo y se ponía a hacer gesticulaciones interpretando a algún personaje. Al hombre que se adelantaba en una expedición y volvía para referir lo que había visto, o al que iba a espiar al enemigo y daba todos los detalles de sus movimientos.¹²

En última instancia, lo que el pueblo caníbal quería, al conservar un *Def-gui* a su lado, era asegurar un testimonio de alguien sobre su existencia. En la palabra *Def-gui* se concentra un nivel de conciencia que comienza a aceptar la posibilidad de un mundo exterior de tiempo lineal, de un espacio más allá del suyo, con el cual no podían relacionarse mediante el lenguaje.

11. *Ibid.*, p. 121.

12. *Ibid.*, p. 133.

Entonces buscaban un narrador de su mundo, un testigo de su modo de ser y estar:

De mi esperaban que duplicara, como el agua, la imagen que daban de sí mismos, que repitiera sus gestos y palabras, que los representara en su ausencia y que fuese capaz, cuando me devolvieran a mis semejantes, de hacer como el espía o el adelantado que, por haber sido testigo de algo que el resto de la tribu todavía no había visto, pudiese volver sobre sus pasos para contárselo en detalle a todos. Amenazados por todo eso que nos rige desde lo oscuro, manteniéndonos en el aire abierto hasta que un buen día, con un gesto súbito y caprichoso, nos devuelve a lo indistinto, querían que de su pasaje por ese espejismo material quedase un testigo y un sobreviviente que fuese, ante el mundo, su narrador.¹³

Esa expectativa de la tribu resulta doblemente fallida. Primero, porque el testigo revela a los españoles que lo rescatan la existencia de la aldea y acelera así una incursión armada que la destruye. Después, al regresar a Europa, se dedica varios años a representar una comedia de su experiencia, una farsa montada para ganarse el dinero de un público novelero y mediocre.

Al final, y esta es una constante en la historia, todo proceso de exterminio se basa en la anulación del otro, en la negación de su humanidad, en el falseamiento intencionado de la historia. Quizá por ello, Saer se embarca en un viaje ficcional y especulativo, pero orientado a desentrañar el sentido de la memoria, la conciencia, el lenguaje, la vida y la muerte en la misteriosa dimensión del tiempo mítico. ✱

Fecha de recepción: 21 enero de 2013
Fecha de aceptación: 28 febrero de 2013

Bibliografía

- Campillo, Antonio, *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*, Anagrama, Barcelona, 1993
- Rivas, Luz Marina, *La novela intrahistórica*, Mérida, Ediciones el Otro el Mismo, 2004.
- Saer, Juan José, *El entonado*, Buenos Aires/Madrid, Alianza Editorial, 1992.

13. *Ibid.*, p. 134.